



## LOS TRES LIBROS DE LA REVELACIÓN

JUAN Pablo II afirmó que Dios ha escrito un libro precioso, «cuyas letras son la multitud de criaturas presentes en el universo». La idea de la existencia de un *Libro de la Creación*, en el que podemos descubrir la revelación divina, sin embargo, es muy antigua. Proviene de los primeros pensadores cristianos y ha tenido también un largo recorrido en otras tradiciones espirituales, como la cábala judía. Junto al *Libro de la Escritura* –la Biblia– tendríamos el *Libro de Creación*, al que teólogos y místicos nos invitan a acercarnos para meditar su palabra. Ambos, con estilos, lenguajes y alfabetos muy diferentes, nos hablan de su Autor. Ambos están pidiendo ser leídos y meditados.

La propia Biblia, de hecho, sugiere ambas vías de acceso a la revelación cuando nos invita a reconocer en la creación un espléndido libro en el cual Dios se comunica y refleja algo de su hermosura y de su bondad, invitándonos a leerlo: «A través de la grandeza y de la belleza de las criaturas, se conoce por analogía al autor»

(Sab 13, 5), afirma el autor de la *Sabiduría*. Algunos de los salmos, como el 104, recogen la visión mística de una creación que alaba a su Creador, invitándonos a sumarnos a su alabanza. Pablo, por su parte, afirma que «su eterna potencia y divinidad se hacen visibles para la inteligencia a través de sus obras desde la creación del mundo» (Rom 1, 20). También en los escritos de los santos encontramos referencias veladas a este libro. La *Regla* de San Benito, el *Cántico de las criaturas* de Francisco de Asís o la *Contemplación para alcanzar amor* de Ignacio de Loyola plantean, cada una a su manera, caminos para descubrir las huellas del Dios creador en el mundo creado.

Con el paso de los siglos, se ha propuesto considerar la existencia de un tercer libro en el que Dios habría escrito, aunque con un lenguaje diferente al de los otros dos. Se trata del *Libro de la Experiencia*, la experiencia humana recogida no solo en las biografías de los santos, o en el testimonio de los muchos personajes que pue-

blan la Biblia, sino, sobre todo, en el itinerario espiritual de cada uno de nosotros. A diferencia del *Libro de la Escritura* y el *Libro de la Creación*, para leer el *Libro de la Experiencia* es necesario un ejercicio de introspección, meditación y examen de la propia vida. Si los dos primeros libros los encontramos fuera, en el exterior, este tercero se encuentra dentro, en nuestro interior.

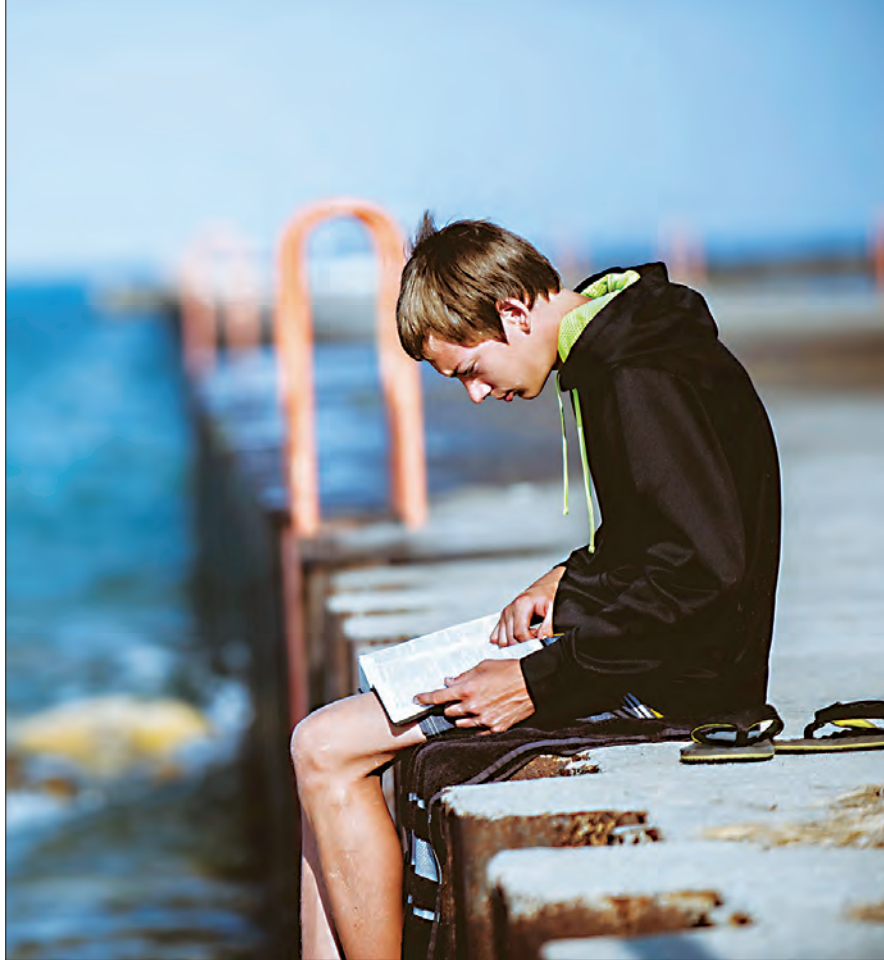
Los grandes maestros espirituales de todos los tiempos –desde los primeros Padres del Desierto hasta la recientemente canonizada Teresa de Calcuta– han insistido en la importancia de leer con asiduidad este tercer libro para poder interpretarlo y, de este modo, vivir según la voluntad de Dios. Los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio no son el único método para interpretar el *Libro de la Experiencia*, aunque sí son, probablemente, uno de los modos mejor organizados y sistematizados de los que disponemos.

La existencia de los tres libros de la revelación apunta también al modo de ser del Dios cristiano, una Trinidad en la que las tres personas entran en comunión y comunicación permanente. El Padre se revela en la Escritura, la Palabra de Dios. El Espíritu sigue presente, vivificando, iluminando y dejando su huella en la creación entera. El Hijo encarnado, por su parte, habita en nuestra intimidad, escribiendo en nuestro interior, mostrándonos el modo auténtico de ser humanos.

Podríamos afirmar que, tal y como sucede con la Trinidad, de igual modo los tres libros se complementan, dialogan y se necesitan mutuamente para poder ser interpretados. El problema es que la mayoría de los creyentes tendemos a separar o minusvalorar la importancia de alguno de ellos. Quizá esta sea también la razón por la que olvidamos la centralidad de la Trinidad para la fe cristiana.

Los motivos que nos han conducido al olvido son varios. En ocasiones da la impresión de que el propio Dios escribe con renglones torcidos o en un lenguaje indescifrable. Son esos momentos en que nuestra vida interior se revela caótica, la naturaleza compleja y la Biblia incomprensible. San Buenaventura, tratando de entender el por qué de esta opacidad, afirma que el ser humano al principio podía descubrir de forma espontánea cómo cada criatura «testifica que Dios es trino». Antes de la caída, el reflejo de la Trinidad se podía reconocer en la creación, «cuando ni ese libro era oscuro para el hombre ni el ojo del hombre se había enturbiado».

El papa Francisco, siglos después, nos ha invitado a recuperar la visión originaria: «para los cristianos,



creer en un solo Dios que es comunión trinitaria lleva a pensar que toda la realidad contiene en su seno una marca propiamente trinitaria» (Laudato si' 239).

Inspirado en Buenaventura, nos desafía a ver el mundo tal y como lo hicimos al principio de los tiempos: «El santo franciscano nos enseña que toda criatura lleva en sí una estructura propiamente trinitaria, tan real que podría ser espontáneamente contemplada si la mirada del

ser humano no fuera limitada, oscura y frágil. Así nos indica el desafío de tratar de leer la realidad en clave trinitaria».

Para poder descubrir la marca de la Trinidad a nuestro alrededor y en nuestro interior necesitamos ampliar la mirada y aprender a leer de nuevo. No cabe duda que Dios no deja nunca de escribir. Lo hace de muchos modos y en diversos lenguajes. Por eso precisamos abrir los tres libros de la revelación. Si lo hacemos, quizá podremos volver a encontrar una estructura, una marca y una huella trinitaria en todo; porque la Escritura, la Experiencia y la Creación nos hablan –cada una en su propio lenguaje– del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

**Como sucede con la Trinidad, los tres libros se complementan, dialogan y se necesitan para poder ser interpretados.**

JAIME TATAY, SJ |